

DOCENTES... en el antiguo día del MAESTRO, DE CALASANZ

Los clásicos no se improvisan y duran siglos. Velázquez y Goya, lo son. La impresionante obediencia de los pinceles a sus pupilas inquietas, engendran perfección: dignidad en los personajes del primero, modelos de humanidad que olean el ánimo, al margen del reparto social calderoniano de la *Vida es sueño*. Los de Goya, reproducen pasiones que nos hacen sonreír, identificados con las mismas. Los dos, clásicos, eternizan valores, como la vida. Pero, dadme un Velázquez para el despacho y un Goya para el bolsillo.

Siguiendo comparanzas, ¿son clásicos en su especie los dos términos del título, **maestros y docentes**? La palabra está relacionada con la mente. "Háblame..., y te diré cómo pienso de ti". La etimología nos acerca a la cultura de nuestros ancestros, y decir cultura, es mentar su raíz, palabra y pensamiento

Magis-ter, maestro es síntesis de doble semántica ponderativa: la latina **magis** –más-, y la griega y **ter/teros, desinencia de comparativo**. Un vocablo dos veces alzado a grado superior: **maes-tro**. Los romanos lo usaron hasta en la sopa. Vocablo sugeridor de rango en los ámbitos sagrado y jurídico, laicizado después en **magister equitum**, especie de palafrenero de la caballería romana; **magister convivii**, nuestro maître de hotel; **magister ludi**, nuestro concejal de fiestas, etc..., tenía impacto social notable entre ellos. Es que lo **magistraban** todo. La moda debió coincidir con la Roma acaparadora del mundo mediterráneo.

Tras la extenuante civilización de los bárbaros de turno, el término recobró su prestancia: **maestro herrero, maestro barbero, maestro sastre**..., y títulos de maestro en Las Cátedras medievales. Y cuando la Iglesia, a más de evangelizar, se abajó a enseñar al pueblo las primeras letras y el ábaco de incipientes, la titulación envolvió con su dignidad a los maestros de mocosillos y jovencuelos alineados en bancos corridos y de madera en la escuela. Allí estuvo Calasanz pertrechando tal dignidad con una Orden religiosa, estamento muy apreciable del momento, Las Escuelas Pías.

¿Por qué ahora nos bate el oído el remoquete '**docentes**', tan poco agraciado por su inane y nebulosa fonética y escasa solidez gramatical de origen en el participio de presente, ya en decadencia?.

Su étimo es griego y verbal, **dokéo**, de significado también inconsistente: **parece que pero no...**, **creo que...**: un aparecer algo en penumbra sin salir de ella. Los romanos se lo apropiaron como **dóceo**, pero, activos ellos, lo convirtieron en un verbo causativo: **hacer admitir, imponer, enseñar** lo siempre conveniente; descorrían el velo de la penumbra griega

Lo chusco de esta stirpe etimológica es lo siguiente. Las primeras comunidades cristianas bautizaron como **docetas o doketas** -el étimo de docentes-, a herejes que negaban la encarnación de Cristo: siendo la materia mala, decían, no la pudo asumir el aparente Hijo de Dios, al que declararon, consecuentemente como una **aparición, algo sin cuerpo**, sin que sus coetáneos se percataran de ello; eran los del **Cristo-fantasma o Cristo ficción**. ¡Atención! Las gentes de entonces que hablaban en Koiné, el griego impuesto por Alejandro Magno, sabían bien lo que significaba el término. Naturalmente, la iglesia combatió denodadamente semejantes truculencias.

Pero ¿quién ha introducido '**los docentes**' en nuestro vocabulario escolar? Parece precipitado atribuirle intenciones torcidas, como la de romper con toda una tradición occidental de predominio cristiano. Podíamos suponer motivaciones de globalidad, la moda del momento: los que, con un clarión en la derecha y un libro en la izquierda, ejercen el ministerio en la escuela, al mismo saco o *globo* todos, **como**

docentes, maestros descarnados de su altísima tarea de educadores convertidos en fríos fantasmales, que, ¿quién sabe?, pudieran infundir pavor a los escolares...

Ironías aparte, admitamos que así, con sólo un tecleo de ordenador, viajan por los aires, normas, leyes, orientaciones, para todo un colectivo ya identificado del mundo mundial. Pero ¿hacía falta semejante barrido de términos tan respetables como Maestro, Profesor, Catedrático...? Otra vulgarización más de los **demócratas de nunca**. Los nuevos Pedagogos, si lo son, parten del 'gen' primitivo y elemental de cualquier sistema escolar, 'enseñar', inteligible en occidente y, en su acertada traducción, en todo Oriente. Podían, pues, haberse y habernos conformado con 'enseñantes', tampoco muy apetecible, en la lenguas respectivas de los dos mundos. Lo más respetuoso hubiera sido **educadores**, pues todo el que enseña educa, también el que enseña a conducir, al inculcar respeto a la vida del viandante. **Educadores** para los dos o tres o cinco mundos, también en sus idiomas, evidentemente, pero siempre mucho más significativos en su contenido. Así, representados todos: los maestros, mayoría, los Profesores de toda índole, los orondos catedráticos, y hasta los padres de alumnos, primeros educadores de sus hijos. Pero, englobados todos en ese perejil de **docentes** ¿quién va a sentirse identificado con su altísima vocación?

¿Han querido eliminar la 'educación' portadora de tintes religiosos por aquello de 'respetar la libertad' de quien ni la posee, ni la ha ganado, ni sabe aún usarla? Siempre los 'progres', cuanto más tales, más **retrogrados** de cualquier nazismo, y de este mal, no hay quien los cure.

Impensable suponer una ignorancia invencible; sería un atrevimiento introducirla en la escuela, ¿o no?, precisamente en la que menos indefinición tolera, como lo afirmara el Calasanz antes citado, cuatro siglos ya, cuando escribía: "**Si desde la más tierna edad los niños son imbuidos en la piedad y las letras, ha de esperarse un feliz, por fecundo, desarrollo de toda su vida**". Sentimos pasar por alto la exégesis de 'imbuir', 'fecundo', y el terminante 'ha de esperarse', pero no es el momento de ello.

La figura de ese Maestro de los siglos XVI-XVII, Patrón del magisterio español, a celebrar, en tiempos, el 27 de cada noviembre, nos ha movido a recordar, al ámbito educacional, el **valor representativo del término 'maestro' frente al frío y anémico docente**, que en educación no cabe minimizar. ¿Cambiamos también el merecido título de **Iglesia, Madre y Maestra de Pueblos**, por el de **Iglesia Madre Docente**... ¿de quién?

¡Ah!, Horacio escribió lo de ¿...vocablos nuevos? "*los que impone el uso, pues sólo él marca el derecho y la norma de hablar*". Pero el 'uso' del pueblo, aun iletrado, venero de lenguaje nuevo y fresco. Es infrecuente que los Altos Organismos Internacionales provoquen rebato, pero a veces, altos y selectos Magistrados parecen ignorar la sentencia que preside todo ejercicio en Derecho, 'summum jus, suma injuria', y esto en todos los órdenes. Pues así ha sido, pues también lamentable.

Por terminar, exprimiendo el limón que llevamos entre manos aludamos al otrora Rector de Salamanca, al bueno de Don Miguel, que, sin ser pueblo, creaba vocabulario que colocaba al final de sus obras. Pero ¿son tan pocos los equipados para regentar cátedras de griego, ni de latín, con la posibilidad de tener a mano un riquísimo filón de étimos sugeridores de lenguaje nuevo! Además, a nadie se le ocurrirá llamar pueblo, ni tampoco *doctores in utraque lingua*, a los inventores de semejante desacierto, el de 'docentes', en sustitución del acertadísimo de maestros. Que quede constancia de ello.

ESCUELAS PÍAS- BETANIA